



Teresa Bornez Abascal, 83 años.
Faustino Horrach, 27 años.

Educada para la vida

Teresa Bórzez, activista feminista en la dictadura y actriz durante la guerra, ha tenido una existencia determinada por una educación activa que marcó su trayectoria personal.

Desde que Teresa se jubiló el Centro de Educación de Personas Adultas (CEPA) de Tetuán ha tenido que esmerarse para poder satisfacer su avidez de aprendizaje: clases de filosofía, seminarios sobre escritores, poesía, cursos de literatura, periodismo, exposiciones, premios de redacción, incluso se ha hecho voluntaria de la biblioteca. En la actualidad sólo su vista que empieza a fallarle le está haciendo renunciar poco a poco a esa ilusión que ha tenido desde siempre por estudiar. No obstante Teresa todavía guarda en esa mirada la imagen de su padre cambiando el coche de caballos por un taxi y buena parte de la última historia de España que ha pasado delante de sus ojos.

Después de educar tres hijos que le han dado seis nietos, Teresa Bórzez Abascal cumplirá este abril ochenta y cuatro años de una vida ligada a la ciudad de Madrid. Una existencia determinada por su espíritu inquieto que le ha llevado a permanecer vinculada a las actividades de su comunidad y a cultivar un profundo amor por los libros. Tras el debate sobre la reforma educativa que suscitó la nueva Ley Orgánica de Educación en España ejemplos como el de Teresa son la constatación de cómo una enseñanza basada en la actividad y el movimiento puede marcar una vida.

Aunque era muy joven, Teresa puede evocar inmediatamente aquel 11 de mayo del 31 cuando con las escobas en alto la ciudad de Madrid gritaba eufórica aquello de "No se ha ido, que le hemos barrido...". Pero más allá de lo que supuso de liberación general para la mujer, con movimientos como el voto femenino, para Teresa fue un acontecimiento que "lo cambió todo". Porque la irrupción de la II República supuso la consolidación colectiva de una reforma educativa que se llevaba promulgando desde principios del siglo XX con la Institución Libre de Enseñanza de Francisco Giner de los Ríos. Aquel cambio político implicó para la ciudad una escuela primaria obligatoria, gratuita, laica y mixta. El gobierno incrementó en un 50% el dinero destinado a la educación, construyéndose en todo el país más de 10.000 escuelas, creándose 7000 mil puestos de maestros. "Fue como vivir en una mecedora y descubrir la posibilidad que el mundo podía cambiar".

Teresa guarda impresa en la memoria la fuerza de aquellas profesoras cuando con ocho años ingresó en la Escuela Pública Eduardo Benot de la calle Príncipe de Vergara. El paso a la 'Enseñanza Nacional' fue una "liberación" comparada con su educación anterior en un colegio religioso mucho más restrictivo. El concepto de escuela única en 1931, que promulgaban pedagogos como Lorenzo Luzuriaga, apareció como una alternativa renovadora que en aquel momento confiaba en la capacidad transformadora de la educación. "Nuestras maestras tenían una vocación fantástica, creían en lo que hacían."

Aquella corriente fundacional republicana fue un momento de certeza sobre las técnicas didácticas que ofrecía la escuela activa. Los recuerdos de Teresa de aquellos años permanecen muy vivos y corroboran aquella filosofía pedagógica: "todos los días



había sesiones de lectura de El Quijote, las clases se hacían sin libros, comentando los apuntes de clase y las noticias de los periódicos; practicábamos con injertos y las clases de arte eran todos los martes dentro del museo del Prado". Por encima de todos esos recuerdos en Teresa persiste la influencia de la figura de la Srta. Martina en su sexto y último año de escuela. Aquella maestra fue para ella quien le legó su insaciable afán por aprender, "nos enseñó a amar los libros de una manera muy peculiar: cultivábamos gusanos de seda para venderlos y comprar libros con lo que sacábamos".

Dos años antes de 1936, la escuela obligatoria acabó para Teresa, truncando aquella invitación hacia el conocimiento. Debido a las circunstancias familiares su madre tuvo que inscribirla con 12 años en un taller de costura sin poder continuar estudios superiores. Pero lo que había aprendido con la Srta. Martina y en la Escuela Nacional había sembrado una semilla que germinó en una ávida necesidad de lectura y una actitud activa ante la vida.

La Guerra Civil

"Lo que sea de uno será de todos" fue lo que dijo la madre de Teresa ante la posibilidad de exiliarla a Valencia cuando empezó la guerra. Aquellas palabras determinaron que Teresa pudiera vivir en Madrid los años más intensos de su vida. Cuando la Guerra estalló la inquietud en la que había sido educada le sirvió para hacer de ella una ciudadana participativa. "Con 14 años no sabía de ideologías yo sólo quería ayudar". Así, después de trabajar como voluntaria cosiendo trajes para la intendencia de las tropas del frente, Teresa todavía buscó tiempo para participar en la compañía de teatro del "Socorro Rojo Internacional", formada por voluntarios en la Casa de la Moneda. Aquella organización canalizaba la ayuda de sindicatos, organizaciones obreras y partidos políticos de la izquierda internacional, y se unió a las labores de propaganda cultural de grupos como la Alianza de Intelectuales Antifascistas o el Altavoz del Frente.

En mitad de escena, Teresa podía recordar cuando la Srta. Martina llevaba a su clase al teatro y aquella ocasión cuando les introdujo en el camerino de Margarita Xirgu. El teatro ambulante durante los años de la guerra ha tenido gran importancia para ella, entre los recuerdos más intensamente vividos con su compañía destaca el estreno de obras como Cancionera de los Hermanos Quintero o Juan José de Dicenta. "A veces también actuábamos en la Casa de Valencia de la Calle Alcalá y el pintor Ramón Puyol nos hacía los decorados".

Esa vinculación con el teatro llevó a Teresa a conocer a Rafael Alberti, y su relación con María Teresa León, directora de las 'Guerrillas del Teatro', compañía que representaba obras en los frentes. "Aunque estaba casada todos comentaban que ella estaba enamorada de él". La figura del poeta se mueve en el recuerdo entre el movimiento de su capa y su melena mientras pasaba las tardes en las tertulias de la Granja del Henar en la calle Alcalá. "Cuando íbamos a verle nos hacía poesías para leer al final del espectáculo".

Teresa tampoco se olvida en toda esa vorágine republicana aquel ejemplo de solidaridad de la clase trabajadora cuando se instauró en un palacio entre Recoletos y el Paseo del Prado un taller escuela autogestionado por los obreros. Una academia abierta de talleres cerca ya del final de guerra, "allí la gente enseñaba a otros lo que sabía hacer cada uno". Con 16 años la educación era para ella una forma activa de entender la vida de la que no quería desvincularse, una determinación y una



necesidad de aprendizaje que no pudieron ser contenidas ni cuando las penurias de la posguerra trataron de detener su espíritu inquieto.

La Posguerra

Cuando acabó la guerra con dos primos encarcelados Teresa quedó ligada a las mujeres que visitaban los presos de guerra. Esa vinculación le llevó a conocer a su marido Leandro, encarcelado por 'masonería y comunismo', una deuda que tuvo que pagar con 12 años de su vida. Mientras duró esa relación por carta, Teresa consiguió trabajo en unos laboratorios químicos. Por las tardes decidió estudiar con una beca de la empresa en el Centro de Instrucción comercial donde aprendió mecanografía y gramática. Esta formación la llevó a convertirse en ayudante químico durante los años de la 'Guerra europea'. "De aquellos años recuerdo el afán de buscar noticias sobre la contienda en la embajada inglesa".

En 1949, cuando consiguió casarse, su inquietud la llevó a vincularse con el Movimiento de Mujeres Democráticas de Flora Tristán, un grupo que entre muchas acciones ayudaban económicamente y de forma clandestina a las familias de los presos políticos de Tetuán. Con la Ley de asociaciones de 1964 la asociación se legalizó en el Movimiento de Mujeres de Tetuán y luchó activamente por el bienestar social, la igualdad y contra la especulación del barrio.

La constante en la vida de Teresa también ha tenido un precio, conocidos como "los rojos del barrio" su marido y ella sufrieron constantes registros durante años. Todavía le estremece el recuerdo de los asaltos cuando le requisaban aquellos libros que le traían desde Francia. "En el último registro estaba leyendo un libro de pedagogía de Makarenko, y sólo por ser de un ruso me lo requisaron".

Después de todo lo vivido, Teresa recuerda la ocasión, con su segundo hijo ya nacido, en que tropezó con la Srta. Martina. "Llevaba mucho tiempo preguntándome que sería de su vida". La alegría de ese encuentro con aquella mujer que marcó su vida contrastó con su descubrimiento "había pasado los últimos años en la cárcel porque durante la guerra la habían hecho directora de la escuela". Un colegio convertido en prisión después de la guerra pero que había legado al mundo estudiantes de la vida como Teresa.

Lo importante de la vida

Como ha leído de María Zambrano "La enseñanza es lo que te queda para todo, lo que marca la creación de la persona". Teresa Bórnez descubre cómo el recuerdo de su educación y la imposibilidad de seguir estudiando le hacen valorar su "juventud inquieta y autodidacta, la ilusión por vivir, el mundo del teatro" y por encima de todo "la inquietud de seguir buscando cosas que hacer", pequeñas ilusiones que Teresa valora más que nada en la vida.

Esa pasión por hacer cosas la ha llevado a apuntarse a clases de Tai-Chi para ocupar el tiempo de las clases de informática y literatura que su vista no le permite seguir. Pero mientras sus sentidos aguanten pretende continuar yendo a conferencias y con su labor de voluntaria en la biblioteca. Teresa también continúa con sus clases de natación del grupo de gimnasia de mayores al que pertenece desde la transición "El ejercicio también es importante, antes de Tierno Galván el deporte era para ricos". Porque Teresa mantiene ese afán por revivir la actividad de aquella etapa en que le



educaron a tener curiosidad por la cosas y de aquella efervescencia que vivió durante la guerra. Esa avidez por la vida la comparte con su marido Leandro, como su ilusión por viajar, no en vano después de su jubilación se compraron una autocaravana para recorrer España.

Pero Teresa también guarda en su cajón multitud de relatos y recuerdos que ha ido escribiendo durante toda su vida. “Siempre me ha gustado leer lo anterior a mi época y verme reflejada”, y ahora tiene la necesidad de transmitir a la juventud de ahora su entusiasmo por conocer. Tenía muchas esperanzas en las nuevas generaciones que disfrutaron de la suerte que ella no tuvo para poder ser instruidas. El amor por los libros que le inculcó la Srta. Martina es para ella una liberación que la acompañará toda la vida y no entiende que haya dejado de transmitirse. Por este motivo escribe sus recuerdos y pensamientos con la esperanza de que algún día pueda publicarlos, porque es su manera de intentar traspasar su inquietud, la curiosidad de una vida educada para la existencia activa.